

CONFERENCIA 1:

El don y la espiritualidad dominicana del Santo Rosario, parte 1

El Rosario es muy bien conocido porque ha sido muy bien promovido por la verdadera Promotora General del Rosario, que es la propia María. Y ella es la mejor promotora del Rosario. Es evidente que ella misma vino a hacerlo porque los dominicos no hemos cumplido con nuestra tarea tan bien como podríamos. En sus dos últimas apariciones importantes, en Lourdes y Fátima, sabemos que Nuestra Señora rezó el rosario con Santa Bernadette, San Francisco, Santa Jacinta y Lucía de los Santos. Y Nuestra Señora les instó, seis veces, a «rezar el rosario todos los días para que terminara la guerra». Nuestra madre, por lo tanto, nos da un remedio y una ayuda para nuestro tiempo y para los dolores de esta vida, centrándonos en las maravillas de la Encarnación, en las obras maravillosas realizadas por Jesús, que es nuestro Emmanuel, Dios con nosotros.

Como el rosario es ahora tan conocido, me parece que la gente tiende a olvidar la conexión del rosario con nuestra vida e historia dominicanas. Y, de hecho, nosotros también hemos tendido a restar importancia a esta conexión. Pero si van a la famosa basílica del Rosario en Lourdes, verán sobre la entrada principal la imagen de Nuestra Señora entregando el rosario a Santo Domingo. Del mismo modo, en Fátima, Santo Domingo ocupa un lugar destacado en la basílica del Rosario. Y también, en la portada de mi primer libro sobre el rosario, titulado *Mysteries Made Visible (Misterios hechos visibles)*, que espero pronto esté disponible en español, hay una foto de Nuestra Señora entregando el rosario a Santo Domingo, tomada en el Santuario del Rosario de Londres, donde fui rector durante siete años.

Ahora bien, como dominicos, creo que debemos tomar en serio la tradición de que Nuestra Señora entregó el Rosario de alguna forma a Santo Domingo y le dijo que lo predicara. El Capítulo General de 1574 lo llamó así: «nostra sacra hæreditas». Santos como San Luis María de Montfort mantienen esta tradición de que Santo Domingo fue llamado a predicar el «Salterio de María», que significa recitar 150 veces el «Ave María», al igual que hay 150 salmos en la Biblia. Y luego estuvo el beato Alano de la Roche, de Bretaña, que revivió y promovió la Cofradía del Rosario, que sigue siendo hoy en día una importante forma de promover la devoción al Rosario y de reunir a personas de todo el mundo para rezar el Rosario con fe y devoción. Hablaré más sobre esto en mi tercera charla. Aunque es cierto que el propio Santo Domingo nunca menciona el Rosario, también es cierto que una

de sus nueve formas de oración era caminar meditando las Escrituras. Esto es esencialmente lo que es el Rosario: una meditación sobre la Palabra de Dios, sobre la obra salvadora de Jesucristo, mientras se camina. Porque, como muchos de nosotros, dominicos, sabemos, el Rosario se reza mejor cuando estamos en movimiento. Además, muchos santos y papas han afirmado repetidamente que Santo Domingo recibió el Rosario de Nuestra Señora para el bien de toda la Iglesia. Por eso, nuestra Orden ha sido llamada, en sus mejores momentos, «la Orden del Rosario» y, de hecho, en nuestros primeros tiempos se nos conocía simplemente como los Frailes de Nuestra Señora, fundados por Cristo, por intercesión de María, para realizar la obra misericordiosa de predicar el Evangelio de la salvación. Predicar la Verdad sagrada y corregir el error es siempre una obra de misericordia, que es lo que hacemos los dominicos.

Por eso, el papa León XIII, ese gran papa del Rosario que escribió doce encíclicas sobre el Rosario, dijo que santo Domingo, «guiado por la inspiración y la gracia divinas, previó que esta devoción [del Rosario], como un arma guerrera de gran poder, sería el medio para hacer huir al enemigo y de confundir su audacia y su impiedad furiosa. Tal fue, en efecto, el resultado. Gracias a este nuevo método de oración, cuando fue adoptado y llevado a cabo adecuadamente según lo instituido por el Santo Padre Santo Domingo, comenzaron a volver la piedad, la fe y la unión, y fracasaron los proyectos y artimañas de los herejes. Muchos errantes volvieron también al camino de la salvación, y la ira de los impíos fue refrenada por las armas de los católicos que se habían decidido a repeler su violencia». A continuación, el Papa enumera los diferentes papas que confirmaron que el Rosario había sido entregado a Santo Domingo.

Como herederos de esta sagrada herencia del Rosario, los dominicos debemos seguir manteniendo la tradición que nos ha sido transmitida por nuestra Orden y por los papas, y que se celebra en el arte y en la piadosa memoria, a saber, que Nuestra Señora entregó el Rosario a Santo Domingo para recuperar almas para la verdadera fe. Esta es una de las grandes alegrías de la Orden. Como relata San Luis María de Montfort: «Sin embargo, no fue hasta el año 1214 cuando la Iglesia recibió el Rosario en su forma actual y según el método que utilizamos hoy en día. Fue entregado a la Iglesia por Santo Domingo, que lo había recibido de la Santísima Virgen como medio para convertir a los albigenses y a otros pecadores». Sumido en un profundo sueño debido al cansancio de sus penitencias, Nuestra Señora se apareció a Santo Domingo y le dijo: «Querido Domingo, ¿sabes qué arma quiere

utilizar la Santísima Trinidad para reformar el mundo?... Quiero que sepas que, en este tipo de guerra, el arma principal siempre ha sido el Salterio Angélico, que es la piedra angular del Nuevo Testamento. Por lo tanto, si quieres llegar a estas almas endurecidas y ganarlas para Dios, predica mi Salterio».

¿De dónde viene el nombre «rosario»? Se dice a menudo que proviene del latín *rosarium*, que significa «rosal», y ciertamente en la Edad Media surgió la costumbre de ofrecer guirnaldas de rosas a Nuestra Señora, y las oraciones en su honor pasaron a llamarse coronas de rosas; parece que esta era una imagen particularmente franciscana. Sin embargo, la Orden parece tener una tradición distinta sobre el nombre. La hermana dominica inglesa Madre Frances Raphael recuerda que «aprendemos de una antigua tradición que las palabras de Nuestra Señora [a Santo Domingo] fueron en el sentido de que la herejía no desaparecería hasta que la oración se elevara de la tierra como gotas de rocío; y que la palabra "rosario" deriva de este rocío (en latín *ros*), cuyas gotas están representadas por las cuentas». Además, consideremos este versículo del Deuteronomio 32, 2: «Que mi enseñanza caiga como la lluvia, que mi palabra destile como el rocío». Esto nos conecta con la forma distintivamente dominicana de rezar las *Aves*, en la que un aspecto de los misterios de Cristo, una meditación sobre las doctrinas de nuestra salvación, se predica, por así decirlo, con cada *Ave* que decimos. De este modo, en el Rosario Dios nos enseña, y su Palabra se destila como el rocío en la «tierra seca y agotada» que es nuestra alma, refrescándola y dándole nueva esperanza y profunda alegría.

Así, como siempre digo, y explico más detalladamente en mi libro *Mysteries Made Visible*, el contenido del Rosario dominicano se despliega como un tríptico en el que nos centramos en los misterios centrales de nuestra salvación: la Encarnación, la Redención y la Vida Eterna. De ahí que los quince misterios del Rosario sean soteriológicos y sucintos. No se necesita nada más si consideramos los misterios del Rosario como una predicación concisa del Evangelio de la salvación del hombre a través de la persona de Jesucristo. En palabras de San Atanasio, Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios, y este es también el contenido del Rosario, los misterios centrales y clave de la fe cristiana.

De hecho, la colecta de la misa dominicana del Santísimo Rosario conserva este enfoque encarnacional y salvífico, y nos dice lo que hace el Rosario. Con precisión doctrinal, la oración de esta misa señala que Dios, desde toda la eternidad,

predestinó a la Virgen María para ser la madre «según la carne» del «Hijo unigénito, coigual y consustancial» del Padre. Y dice que esto se hizo «en espíritu de santificación», es decir, que la encarnación se llevó a cabo para que pudiéramos ser santificados «por los méritos de ambos», Jesús y María, «tal y como se expone en los quince misterios del santísimo Rosario». La oración termina con la esperanza de que seamos «tan devotos de [Jesús y María] en esta vida que disfrutemos eternamente de sus frutos en la gloria de la vida futura». En otras palabras, es amando a Jesús y a Nuestra Señora ahora como esperamos compartir su gloria celestial, su santidad. El efecto que se pretende conseguir con el rosario es, por tanto, despertar en nosotros una mayor devoción por Jesús y María, y así hacernos santos, más semejantes a Cristo.

CONFERENCIA 2:

El don y la espiritualidad dominicana del Santo Rosario, parte 2

Amenudo me preguntan, especialmente como Promotor General del Rosario, qué pienso de los Misterios Luminosos y si los rezo. Sí, los rezo, pero no todos los días. En su carta *Rosarium Virginis Mariæ*, el papa San Juan Pablo II dijo en 2002 que esperaba que los Misterios Luminosos permitieran al Rosario convertirse más plenamente en un «compendio del Evangelio». Pero este objetivo, en mi opinión, es diferente al de Santo Domingo y la Orden. Como dijo Garrigou-Lagrange (mentor doctoral de San Juan Pablo II): «Nuestra Señora reveló a Santo Domingo una forma de predicación hasta entonces desconocida, que, según ella, sería una de las armas más poderosas contra los errores futuros y en las dificultades futuras. Bajo su inspiración, Santo Domingo se metió en las aldeas de los herejes, reunió a la gente y les predicó los misterios de la salvación: la Encarnación, la Redención, la Vida Eterna». Por lo tanto, no estamos llamados a meditar simplemente sobre las escenas de la vida de Cristo, ni a centrarnos en lo que hizo durante su vida, como si se tratara de un simple noticiario biográfico. Más bien, estamos llamados a entrar en una meditación teológica sobre la obra de Dios para nuestra salvación. Dado el énfasis de la Orden en «predicar para la salvación de las almas», se comprende por qué el Rosario dominicano complementa tan bien nuestra misión. Porque antes de predicar, debemos contemplar, estudiar y orar. Por eso, dijo un dominico inglés, ¡el Rosario está destinado a convertirnos a todos en místicos!

Esto no significa que no podamos predicar los Misterios Luminosos, ni rezarlos con la gente, pero me gusta pensar que los Misterios de la Luz se refieren a la vida sacramental por la que los bautizados participamos en los misterios de Cristo, en su Encarnación y obra de Redención. Como dijo el papa León Magno: «Lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios». Los Misterios Luminosos, por lo tanto, apuntan a los siete sacramentos y dan una importante dimensión eclesial a las meditaciones del rosario. Estos misterios de San Juan Pablo II, me parece, atraen nuestra atención hacia los sacramentos «por los que se nos dispensa la vida divina». (CCC 1131) Este es un momento oportuno para recordar el papel único e indispensable de los sacramentos en nuestra vida cristiana. Son los medios ordinarios que Cristo nos ha dado para participar en las gracias salvíficas de su vida, muerte y resurrección. Los sacramentos tienen que ver con nuestra venida a la vida y con el hecho de estar vivos en Cristo, unidos a su Cuerpo Místico, la Iglesia. Es normalmente a través de los sacramentos de la Iglesia, por la gracia de Jesús que

viene a través de los sacramentos, como somos santificados. Nos hacemos más semejantes a Jesús hasta que podemos amar como él ama, y de la manera sacrificial en que él ama. Así, los sacramentos nos hacen partícipes de la vida divina, verdaderos amigos de Dios. Así, cuando rezamos los Misterios Luminosos, podemos pensar en el efecto de los sacramentos en nuestra vida y rezar para que nos abramos más a la gracia de los sacramentos y, de hecho, rezar para que más católicos reciban los sacramentos dignamente y en estado de gracia. Los Misterios Luminosos, por lo tanto, tratan de nuestra respuesta a la gracia que Dios nos da en la persona de Jesucristo.

Sin embargo, los quince misterios tradicionales del Rosario se centran esencialmente en lo que Jesús hace por nosotros: su Encarnación, la Redención y el gran don de la Vida Eterna. Como he dicho, esto se desarrolla como un cuadro de tres paneles, y es necesario ver los tres juntos para comprender toda la historia. Así, en los misterios gozosos vemos a Dios haciéndose hombre, la alegría de la Encarnación y el cumplimiento de las esperanzas del antiguo Israel. En los misterios dolorosos contemplamos la profundidad del amor de Dios por nosotros, muriendo por los pecadores. Santo Tomás de Aquino nos recuerda que no es la magnitud de los sufrimientos de Cristo lo que nos ha ganado la salvación, sino la intensidad de su amor, ya que una sola gota de la preciosa sangre de Jesús habría bastado para redimir al mundo, puesto que el amor de Dios es infinito. Así, al rezar los Misterios Dolorosos, nos maravillamos de la profundidad del amor de Dios manifestado en la Pasión y la Cruz. Y finalmente, en los Misterios Gloriosos, contemplamos el efecto de la obra salvadora de Cristo, que es que la humanidad está ahora unida a Dios en el cielo, unida en la caridad, y este efecto glorioso se ve en primer lugar en la Asunción y Coronación de Nuestra Santísima Madre, que es Madre de todos los redimidos, Madre de la Iglesia, verdadera Madre de todos los que viven, la Nueva Eva. Así pues, como han dicho acertadamente todos los papas recientes, el Rosario no trata de María, sino de la obra salvadora de Jesús. Incluso estos dos últimos Misterios Gloriosos en realidad tratan de lo que Jesús realiza por todos los cristianos, es decir, que estamos llamados a participar en la vida del cielo y a reinar con Dios en el cielo. Por lo tanto, María es nuestra Madre, y donde ella ha ido, esperamos seguirla.

Por eso, recen el rosario y recen todos los días, como María nos pide, porque el rosario es como una luz en la oscuridad, un instrumento de oración para aumentar la esperanza en nuestras vidas, la esperanza del cielo y de la unión con Jesús a través de María. Aprendí a amar el rosario y a rezarlo todos los días porque aprendí a amar a María como a mi madre y, por lo tanto, a confiar en sus peticiones. También aprendí a llevar siempre conmigo el rosario, ya sea con el hábito dominicano o, en las raras ocasiones en que no lo llevo, en el bolsillo. Les recomiendo que lleven siempre consigo el rosario. Y luego, en esos muchos momentos libres del día, momentos en los que perdemos el tiempo o nos sentimos frustrados, cuando estamos atrapados en el tráfico o esperando en una fila, por ejemplo, o simplemente entre un trabajo y otro, o en esos momentos en los que buscamos nuestros teléfonos y las redes sociales, busquen en cambio el rosario. Recen una decena a la vez, intercalando el día con los misterios del rosario. Si lo haces de forma consciente y diligente, les prometo que rezarán fácilmente cinco decenas al día, y a menudo, incluso más. Y lo que es mejor, habrán vencido al diablo, que en esos momentos los tentaría para que caigan en la frustración, la ira, la lujuria o la preocupación y los pensamientos inútiles. En cambio, con María y el maravilloso «dispositivo móvil de oración» que es el rosario, creceremos en la fe, en la esperanza y en la caridad, ofreciendo nuestras oraciones por la salvación de las almas. Esta es nuestra misión dominicana, por supuesto, y tú puedes unirse a nosotros en esta misión rezando el rosario, especialmente como miembro de la Cofradía del Rosario, una comunidad viva de esperanza cristiana.

Entonces, ¿cómo nos impulsa el rosario a amar a Jesús y a María? Siempre es importante recordar que el rosario no es solo una recitación de palabras, sino que debe conducir a la meditación. Nuestra mente debe estar comprometida a pensar y recordar lo que Jesús ha hecho por nosotros. San Tomás de Aquino dice: «Para despertar nuestro amor hacia Dios, no hubo medio más poderoso que el Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, asumiera nuestra naturaleza humana para restaurarla, de modo que fuera a la vez Dios y hombre. En primer lugar, porque la forma más fuerte en que Dios podía mostrar cuánto ama al hombre era su voluntad de hacerse hombre para nuestra salvación; y nada puede provocar más amor que saber que uno es amado». Así, cuando se reza bien el rosario, Dios nos muestra que nos ama: se hace hombre por nosotros, Jesús muere por nosotros y resucita a la gloria del cielo por nosotros. Todo esto lo ha hecho Dios por nosotros, y quiere que lo sepamos y lo contemplemos, para que nos sintamos movidos a corresponder al amor de Dios.

CONFERENCIA 3:

El don y la espiritualidad dominicana del Santo Rosario, parte 3

El amor, de hecho, es el objetivo principal de la oración. La razón por la que oramos no es para obtener favores de Dios, que es secundario, sino dirigir nuestro favor, es decir, nuestro amor y devoción, hacia Dios y, de hecho, crecer en el amor a Dios. El dominico inglés Bede Jarrett, que refundó nuestro priorato en Oxford, lo expresó así: «La oración es elevar, no bajar. No es bajar a Dios a mi voluntad, sino elevar mi voluntad a Dios: eso es la oración. No es hacer que Dios esté de acuerdo conmigo, sino hacer que yo esté de acuerdo con los designios de Dios para conmigo».

Esto, por supuesto, resume la doctrina de Santo Tomás sobre la oración. En su pregunta sobre la oración [ST IIa IIæ 83], Santo Tomás recuerda que el objeto de la oración es Dios, nuestra bienaventuranza final, nuestra verdadera y eterna felicidad, por lo que cuando oramos, buscamos en primer lugar aquellas cosas que nos permiten alcanzar el cielo. Los bienes temporales, por lo tanto, están sujetos a este fin y no deben convertirse en fines en sí mismos. Sin embargo, en el artículo 14, por ejemplo, me llamó la atención su sabio consejo sobre la duración de nuestras oraciones. Santo Tomás dice: «Es conveniente que la oración dure lo suficiente para despertar el fervor del deseo interior; y cuando exceda esta medida, de modo que no pueda continuarse sin causar cansancio, debe interrumpirse». El rosario, en mi opinión, se adapta bien a esta forma de rezar porque, como he dicho anteriormente, solo necesitamos rezar una decena cada vez. El papa Benedicto XVI indicó una vez que así era como él rezaba el rosario, repartiendo varias decenas a lo largo del día, y sin duda es preferible rezar bien una decena, con conciencia y atención, que rezar cinco decenas de prisa en una sola vez, ya que la mente puede distraerse y no se meditan realmente los misterios. Sin embargo, el objetivo sigue siendo intentar rezar al menos cinco decenas al día, porque cuando Nuestra Señora del Rosario se apareció a los niños de Fátima, les pidió que rezaran el *Terço* diariamente, es decir, un tercio del Rosario; cinco decenas. Curiosamente, San Luis María de Montfort también da este consejo: rezar al menos cinco decenas al día si se está muy ocupado, y si realmente no hay tiempo, también sugiere que «recemos una decena aquí y otra allá». Sin embargo, mi experiencia es que hay sabiduría en hacerlo así, especialmente si nuestra mente está a menudo muy distraída o nos encontramos muy ocupados. Podemos santificar el día rezando el rosario una década a la vez,

entrelazando los misterios del rosario en el día, y descubriremos que si lo hacemos conscientemente, al final del día habremos logrado rezar incluso quince décadas.

Por supuesto, todos sabemos lo difícil que es meditar el rosario porque a menudo nos distraemos. Pero les pregunto: ¿dónde está su corazón? ¿Cuál es su intención? Santo Tomás Aquino nos da nuevamente un consejo sabio y humano sobre las distracciones en la oración. Santo Tomás [en el artículo 13] considera primero nuestra naturaleza humana. Dice: «La mente humana es incapaz de permanecer elevada en la oración durante mucho tiempo, porque la debilidad humana arrastra el alma hacia lo inferior». Por lo tanto, dice que para que la oración nos impulse a un mayor amor hacia Dios, es decir, para que se cumpla el objetivo de la oración, «no es necesario que la oración sea atenta en todo momento», sino que lo necesario es que se comience bien, es decir, conscientes de la intención adecuada de ofrecer nuestro amor, nuestra atención y nuestras necesidades a Dios. Así, concluye el artículo: «divagar sin intención no priva a la oración de su fruto. Por eso dice Basilio (*De Constit. Monach. i*): «Si estás tan debilitado por el pecado [es decir, por el efecto del pecado original] que eres incapaz de orar con atención, esfuérzate todo lo que puedas por controlarte, y Dios te perdonará, viendo que eres incapaz de estar en su presencia de manera adecuada, no por negligencia, sino por fragilidad».

He descubierto que cuando mi mente divaga, tener ante mis ojos obras de arte sagradas, imágenes de los Misterios, me ayuda a volver a concentrarme. Las obras de arte me regresan a la oración, o al menos me recuerdan el misterio por el que estoy rezando. Mi libro *Mysteries Made Visible*, que espero que pronto esté disponible en español, consta de veinte de mis fotos para cada uno de los Misterios del Rosario, que fueron elegidas para ayudar a las personas a meditar sobre los misterios del Rosario junto con las palabras de las Escrituras, y también mis propias reflexiones breves. Pero te animo a que encuentres imágenes de cada uno de los Misterios del Rosario que te ayuden a rezar y a centrarte en lo que Dios está haciendo por nosotros en el Rosario. Recuerda que el Rosario trata de Dios haciéndose hombre, muriendo por nosotros en la carne, para que podamos ser redimidos del pecado y santificados por su gracia, y así el hombre pueda convertirse en Dios.

Otra cosa que me ayuda a rezar el rosario es hacerlo mientras camino. El movimiento y el ejercicio físico son parte importante del rosario, porque es una oración mental combinada con una oración corporal, por lo que participa toda la

persona, incluyendo el cuerpo y alma. Muchos frailes dominicos me han dicho que les encanta rezar el rosario caminando por el claustro o por el jardín. Sabemos por las «Nueve formas de oración» que Santo Domingo cantaba y rezaba mientras viajaba, meditando siempre en la Palabra de Dios. Y como predicadores itinerantes, me parece obvio que los dominicos debemos rezar mientras caminamos y llevar siempre con nosotros un «dispositivo móvil de oración» para poder rezar dondequiera que vayamos. Personalmente, me encanta rezar el rosario cuando viajo en autobús, tren o metro, o cuando camino por mi parroquia. De esta manera, trato de elevar en oración a Dios el mundo que observo, y espero dar testimonio también del Dios que vino a vivir entre nosotros. Como predicadores itinerantes del Evangelio de la salvación, el Santo Rosario es sin duda muy adecuado para nosotros y nuestra misión. Por eso, Nuestra Señora, cuando se apareció en Lourdes, por ejemplo, pidió que se hiciera una procesión con el rosario para que, como Iglesia, pudiéramos caminar y rezar juntos. Todos los santuarios marianos deberían tener estas procesiones con el rosario, ya sean grandiosas o sencillas, porque son un hermoso recordatorio de que, como comunidad eclesial, somos peregrinos, estamos de camino al cielo con Nuestra Señora guiándonos y llamándonos a seguir adelante. Porque ella ha sido asumida al cielo, y donde ha ido Nuestra Madre, esperamos seguirla. Pero incluso a menor escala, fíjense en que cuando rezamos el rosario nuestros dedos se mueven y el rosario hace su «viaje» a través de nuestras manos. Porque somos un pueblo peregrino y somos viajeros en esta tierra, en camino hacia Dios, donde ya está nuestra Santísima Madre.

En nuestro camino hacia casa, María nos ha dado un regalo: el Santo Rosario. Y nos ha pedido, repetidamente, que recemos el Rosario todos los días. Puesto que nuestra Madre desea que sus hijos estemos con ella, está claro que nos pide que recemos el Rosario todos los días porque, además de los sacramentos, por supuesto, es la mejor manera de llegar al cielo. ¿Cómo? Como ya he mencionado, el rosario nos impulsa a amar a Dios, cambia nuestra disposición interior. El papa San Pablo Sexto dijo que, al contemplar los misterios de nuestra redención, en paralelo con la Sagrada Liturgia, el rosario «estimula la voluntad de extraer de [estos misterios] las normas de vida» cristiana. También nos enseña a aprender de la escuela de María cómo rezar y cómo complacer a Dios. Para el papa San Pablo Sexto, todos los elementos del culto cristiano se expresan en el rosario. Lo expresa de manera hermosa: «La recitación será grave y suplicante durante el Padrenuestro, lírica y llena de alabanza durante la tranquila sucesión de Ave Marías, contemplativa en la meditación recogida sobre los misterios y llena de adoración durante la doxología».

Por eso, la Orden Dominicana, especialmente a través de la Cofradía del Santo Rosario, siempre ha sostenido que la meditación de los misterios del Rosario es esencial, porque forma la disposición interior y nos hace receptivos a la gracia de Dios, como lo fue María. San Pablo Sexto afirma fuertemente que «sin [contemplación], el Rosario es un cuerpo sin alma, y su recitación corre el peligro de convertirse en una repetición mecánica de fórmulas y de ir en contra de la advertencia de Cristo: “Y cuando orés, no usés vanas repeticiones, como hacen los gentiles, que piensan que por su palabrería serán escuchados” (Mt 6, 7)». Por su naturaleza, la recitación del rosario exige un ritmo tranquilo y pausado, que ayuda a meditar sobre los misterios de la vida del Señor vistos a través de los ojos de quien más cerca estaba de Él. De este modo se revelan las insondables riquezas de estos misterios». El papa San Juan Pablo Segundo repite estas palabras de Pablo Sexto en su encíclica sobre el rosario, añadiendo que «sin esta dimensión contemplativa, perdería su sentido». Quizá por eso muchos han abandonado el rosario, o por eso se considera repetitivo y aburrido, porque se ha convertido en algo sin alma y muerto por falta de meditación. Por eso, a menudo he animado a la gente a rezar el Rosario sólo una decena a la vez, para intentar cultivar una oración más contemplativa. Me alegra decir que muchas personas me han dicho que este enfoque ha transformado su vida de oración.

Por eso, San Luis María de Montfort dice: «Mientras los sacerdotes siguieron el ejemplo de Santo Domingo y predicaron la devoción al santo Rosario, la piedad y el fervor prosperaron en todo el mundo cristiano y en las órdenes religiosas dedicadas al Rosario. Pero desde que la gente ha descuidado este don del cielo, todo tipo de pecados y desórdenes se han extendido por todas partes». Hace más de un siglo, Nuestra Señora del Rosario se apareció en Fátima para remediar esto, diciéndonos «rezá el rosario todos los días» por la paz. Y en ocasiones posteriores, y a través de los papas y los santos, María nos ha pedido una y otra vez que recemos el rosario. Como dominicos especialmente, y como subraya el Maestro de la Orden, debemos rezar el rosario con devoción y promoverlo tanto dentro como fuera de la Orden. Porque, como dice San Luis María de Montfort: «Nuestra Señora no solo bendice a quienes predicán su Rosario, sino que recompensa abundantemente a todos aquellos que, con su ejemplo, hacen que otros lo recen».

El don y la espiritualidad dominicana del Santo Rosario, parte final opcional:

Como dominicos, recordamos que nuestras Constituciones aclamaban a María como «nuestra Abogada especial y nuestra más tierna Madre y Patrona, que siempre intercede por nosotros ante Dios». Durante siglos, la Orden ha reivindicado la especial protección de la Santísima Virgen María, pero no porque seamos personas especiales. Más bien, Nuestra Señora instituyó la Orden de Predicadores, y la protegió, preservando su misión porque Nuestra Señora tiene un amor especial por la salvación de las almas. Es por nuestra misión y por la gran importancia de predicar el Evangelio de su Hijo para el bien de las almas, que encontramos en María a nuestra gran abogada y patrona. Porque la Orden es un regalo que Nuestra Señora le da al mundo para ayudar a la Iglesia en su labor más esencial de proclamar la Verdad al mundo. Y para esta gran labor de predicar el Evangelio de la salvación, ella nos ha dado el Rosario.

Puedo decir, por mi propia biografía, que Nuestra Señora ha utilizado el Rosario para acercarme a Cristo. Durante años, como converso al catolicismo procedente de una familia protestante devota, pensé que la devoción mariana era superflua e innecesaria, y no entendía realmente el Rosario. De hecho, ¡me sentía culpable por rezarlo! Pero Nuestra Señora tenía otros planes para mí: primero me introdujo en la Orden del Rosario. Pero ni siquiera eso me llevó a rezar el Rosario con regularidad: lo intelectualizaba demasiado y creo que me esforzaba demasiado por que me gustara. Entonces, Nuestra Señora me destinó a su Santuario del Rosario en Londres, donde me nombró rector. En esa etapa, ya había aprendido a rezar el Rosario por obediencia. Y ahora, Nuestra Señora ha dispuesto que sea el Promotor General del Rosario de la Orden y que enseñe Mariología en Blackfriars, nuestro seminario de Oxford. Por una gracia tremenda, en el momento en que el Maestro me nombró para este cargo en su Curia, descubrí que era capaz, con cierta facilidad, de rezar las quince decenas del rosario todos los días. Sin embargo, al principio, hace tantos años, cuando era un adolescente converso, el rosario era solo algo que me habían dado en mi primera comunión, pero no era algo que utilizara a menudo. San Luis María de Montfort cuenta así «varias historias de grandes pecadores que se convirtieron gracias al poder del rosario», y estoy seguro de que hubieron muchos católicos devotos que rezaban el rosario por mí y cuyas oraciones siguen sosteniéndome hoy.

María protege a quienes veneran su rosario, por eso nos lo da. Para nosotros, los dominicos, está colgado a nuestro lado izquierdo como arma espiritual y es un signo visible para los demás del cuidado maternal de María. En ocasiones, cuando viajo, la gente me comenta algo sobre mi rosario cuando lo ven, y esto se convierte en una oportunidad para hablar de la fe; a los niños, por ejemplo, les encanta jugar con las cuentas, y esto es una oportunidad para hablar con sus padres. Durante los dos siglos aproximadamente en que los sacerdotes no pudieron ejercer su ministerio en Japón debido a la persecución, los cristianos japoneses mantuvieron viva la fe rezando el rosario, y muchos miembros de la Cofradía del Rosario en Japón derramaron su sangre por la fe. Sin mencionar los milagros de Lourdes y Fátima, estos son solo algunos ejemplos de las muchas bendiciones concedidas al mundo y a la Orden a través del rosario.

Por lo tanto, llevemos a cabo la tarea que nos ha encomendado Nuestra Señora. Recemos el rosario todos los días y prediquemos sus glorias por todas partes!